EL ASTRÓNOMO
APOLONIO

El Astrónomo Apolonio

Hace mucho, mucho tiempo, cuando aún no se habían inventado los ordenadores, ni las consolas, ni los vídeos, ni si quiera los móviles, vivía un astrónomo, que se llamaba Apolonio.

Apolonio se pasaba los días mirando al cielo. Bueno, se pasaba las noches, porque no le interesaban las nubes ni los pájaros, sino los astros, por eso era un astrónomo. Y por las noches podía ver las estrellas, los planetas, los cometas y los asteroides, que son como cometas sin cola.

Vivía solo en lo alto de una montaña, en una casita pequeña y blanca, con su telescopio. Pero no estaba solo, porque tenía muchos amigos en un pueblecito cercano, y sólo tardaba un ratito en llegar con su moto. Las motos sí que se habían inventado.

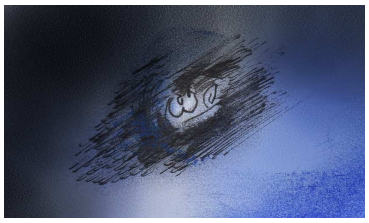
Por las mañanas se levantaba no muy temprano, porque se acostaba tarde, y bajaba al pueblo. Hacía sus compras, charlaba con la gente, y a lo mejor se quedaba a comer con algún amigo, como Manuel, el maestro, su mejor amigo. Luego se volvía a su casa y leía, estudiaba, repasaba sus anotaciones… y por la noche ¡hala! ¡Otra vez a mirar el cielo!

¿Y por qué se pasaba la vida mirando el cielo? Porque era un astrónomo. Pero, ¿por qué se había hecho astrónomo y no cantante, o camarero, o ingeniero o cualquier otra cosa más normal? Porque tenía un sueño: descubrir algo nuevo en el cielo.

A Apolonio le hubiera gustado vivir unos cuantos miles de años antes, y haber sido uno de esos astrónomos – magos que veían osas, dragones y vírgenes en el cielo, y las dejaron dibujadas para siempre.

Pero, como eso ya no podía ser, el sueño de Apolonio consistía en descubrir algo nuevo en el firmamento: algún volcán en Venus, anillos en los satélites de Saturno… Él ya sabía que eso era muy difícil, porque en nuestro Sistema Solar ya estaba todo descubierto. Pero aún así, le gustaba enfocar su telescopio a los planetas vecinos y pasearse con la vista por sus cráteres y mares secos y sierras lejanas. Y así, se pasaba las noches apuntando: apuntando el telescopio al cielo y apuntando en su cuaderno todo lo que veía. ¿Que qué anotaba? No lo sé, esas cosas sólo las entienden los astrónomos.

En realidad, casi todos los astrónomos tienen el mismo sueño, y por eso siguen descubriendo nuevas estrellas, y galaxias, y fenómenos extraños a las que ponen nombres sorprendentes como “quásar”, o “púlsar”, y hasta dicen que han visto unas cosas que no se pueden ver, pero saben que están ahí, porque se tragan todo lo que pasa por su alrededor, y les llaman agujeros negros.



Una noche de verano fresca, seca, muy buena, en la que no había luna ni una sola nube, Apolonio se dispuso a mirar tan contento por su telescopio. Y de repente casi le da algo. Casi le da algo porque vio algo raro, muy raro. ¿Que qué vio? Pues como yo, que escribo el cuento, hago también los dibujos, mejor te lo pinto, y así lo ves tú también:

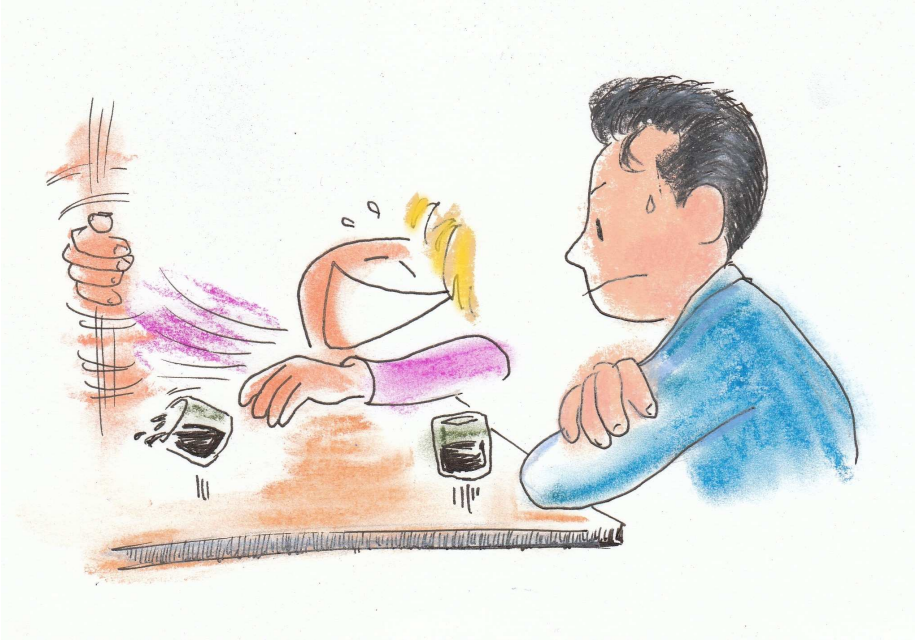
- ¿O sea que vio una especie de marcianote azul sentado en un planetita tocando la flauta? – Me preguntarás tú, que lees el cuento. Pues sí, eso vio. O eso dijo él que vio.

Apolonio estaba muy asustado, porque pensaba que se estaba volviendo majareta. Revisó su telescopio, para ver si alguien le había gastado una broma, pero el aparato estaba perfectamente. Se tomó una tila, y volvió a mirar. Y ya no estaba. ¡Menos mal! Cuando creyó que se le había pasado el susto, se acostó, pero tardó bastante en dormirse.

Y a la noche siguiente… ¡Otra vez! ¡Allí estaba el flautista marciano!

Lo siguió viendo varias noches y, cuando ya no pudo más, se lo contó a su amigo Manuel, el maestro.

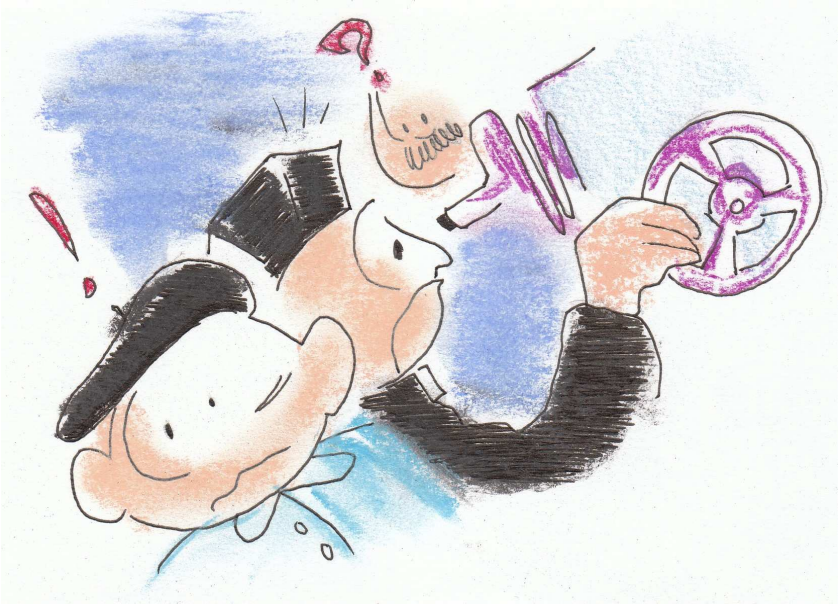
A Manuel, primero le dio un ataque de risa exagerado. Pero luego, cuando comprendió que el astrónomo no bromeaba, empezó a preocuparse un poco por su amigo, y decidió acompañarle esa noche y mirar por el telescopio, para convencerle de que, seguramente, se habría quedado dormido observando, y lo habría soñado.



Primero se sentó Apolonio. Enfocó el telescopio, y el marciano allí estaba. Entonces le dijo a Manuel que mirara. Y cuando Manuel vio al marciano, ¡se quedó con una cara…! Se quedó con esta cara:

Manuel también vio al marciano. Manuel también sabía que aquello no podía ser. Pero el caso es que aquello estaba siendo, porque el marciano allí estaba.

Entre los dos decidieron hablar con el alcalde, el cura y el médico. Y les invitaron a que miraran por el telescopio, sin avisarles de nada.

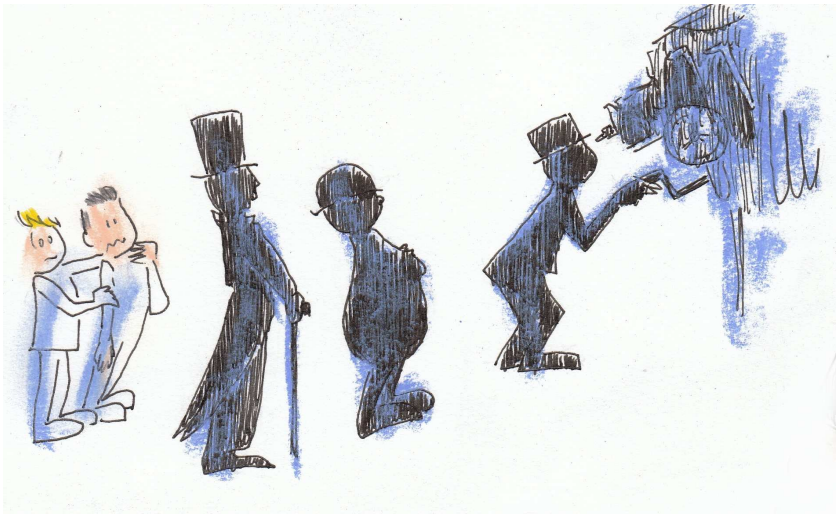


Los tres vieron lo mismo. Los tres se quedaron patidifusos.

No quedaba más remedio: había que avisar a la ANAS, la Asociación Nacional de Astrónomos.

A Apolonio le costó bastante convencer a esos señores tan ocupados de que viajaran hasta a su casa para ponerse a mirar por su telescopio. Ellos le decían que, si había descubierto algo nuevo, sólo tenía que indicarles dónde se encontraba, para que todos los astrónomos del mundo pudieran enfocar sus telescopios a ese punto, y así todos lo vieran. Pero Apolonio creía que eso sólo se vería desde su telescopio, y tanto insistió que, al final, enviaron una delegación de astrónomos. Eran tres señores muy científicos y muy serios.

Llegó la noche. Los astrónomos que venían de la capital se dispusieron a observar por el telescopio de Apolonio. Apolonio estaba muy nervioso. Tenía la sensación de que, llegado ese momento, el momento de la verdad, el marciano no aparecería. Y los astrónomos se enfadarían, al no ver nada. Y se creerían que estaba loco, y lo echarían de la asociación.



Apolonio temía que los astrónomos de la capital empezaran a mostrar su enfado, al comprobar que no había nada extraño. Pero no perdía del todo la esperanza, y rogaba y deseaba que de repente empezaran a gritar asustados e incrédulos, igual que el maestro, el alcalde, el cura, el médico y él mismo habían gritado cada vez que habían visto a ese alienígena. Así, al menos, quedaría claro que no estaba loco, y los sabios de todo el mundo empezarían a lanzar sus teorías para explicar la misteriosa aparición del marciano flautista.

Pero los sabios astrónomos ni se enfadaron por no ver nada, ni se quedaron alucinados por lo que veían. Simplemente, mostraron su satisfacción y felicitaron a Apolonio.

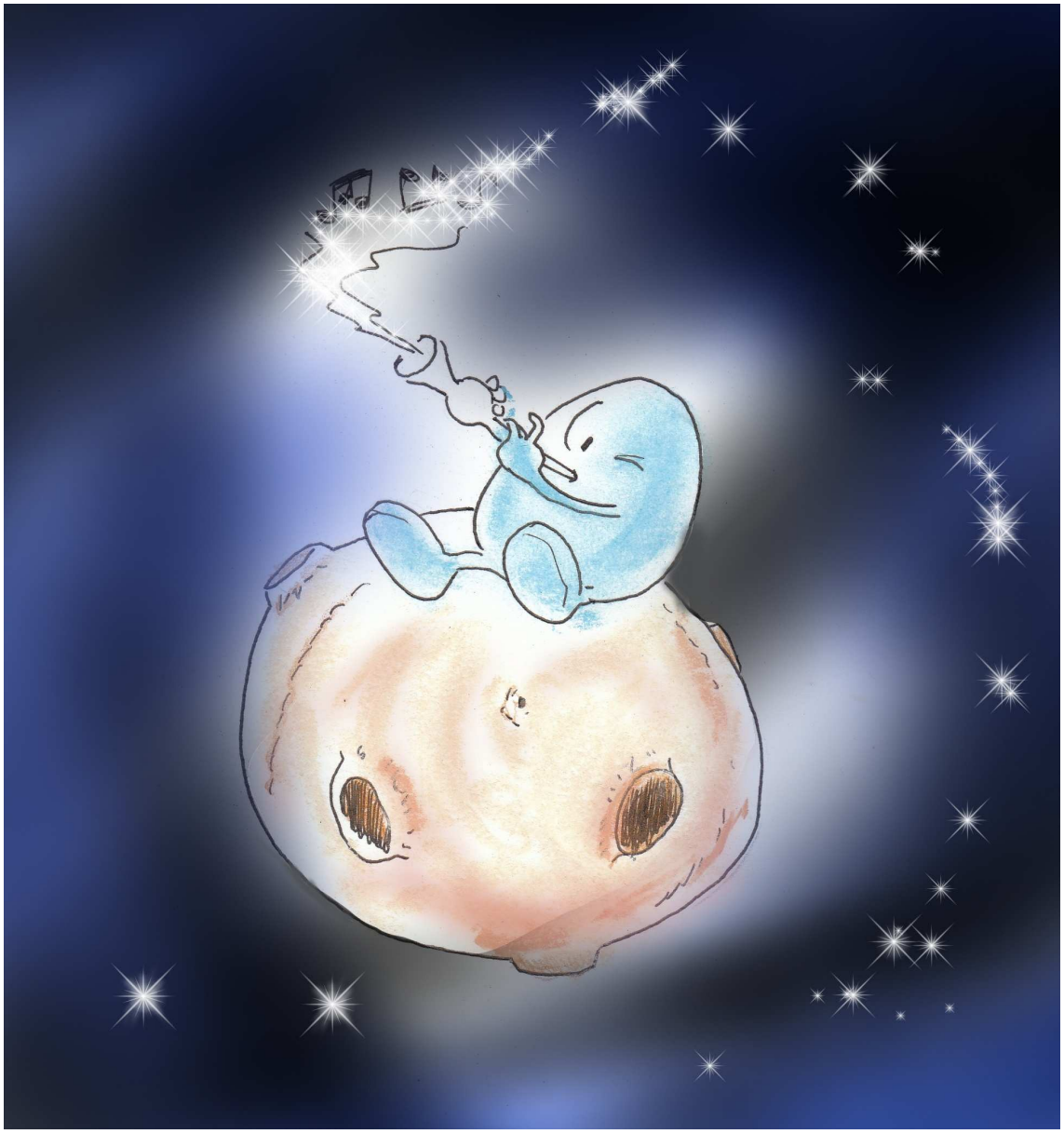
Estaba claro que habían visto algo, algo nuevo en el cielo, pero no parecían tan asombrados ni tan perturbados como deberían estarlo si se hubiesen topado con el músico marciano.

- Enhorabuena, Apolonio. Ya sabe usted que, como descubridor, tiene derecho a bautizar a este nuevo asteroide.

¿Nuevo asteroide? Apolonio no entendía nada. Miró él por su telescopio y, efectivamente, había un asteroide. Pero un asteroide normal, sin marciano. Los científicos seguían felicitándole por su gran hallazgo. No se lo podía creer. Él, un simple astrónomo de pueblo, con un telescopio poco potente y un poco anticuado, había hecho un descubrimiento, había encontrado un nuevo cuerpo estelar. Su sueño se había realizado

- ¿Y cómo le quiere llamar? – le preguntaron
- B 612 – dijo Apolonio de golpe, sin saber muy bien por qué

Si Apolonio no hubiese visto al marciano de la flauta, nunca se habría fijado en aquel asteroide. Y aunque lo hubiera visto, no hubiese sabido que aún no había sido identificado. Así que, la aparición del flautista extraterrestre le sirvió a Apolonio para cumplir su sueño. Y nunca más se volvió a ver al marciano.

¿Es verdad esto que cuento? No estoy seguro. A mí me lo contó, cuando yo era pequeño, un amigo de mi abuelo, que era el hijo de Manuel, el amigo de Apolonio. Pero hay una cosa que sí que sé que es cierta, y te la digo: cuando notes que pasan cosas raras a tu alrededor, estate atento: seguramente, no tardando mucho, te sucederá algún cambio importante en tu vida.

FIN?